



Estudios de tal naturaleza, sólo podían sostenerse por medio de la protección de los grandes, y la tuvieron; los tiranuelos de Italia favorecían á porfía á los literatos, como si esperasen de este modo engañar á la posteridad. Roberto de Nápoles decía á Petrarca: *Me quedaría mejor sin corona que sin letras* (1); estudió á Virgilio por consejo de éste y pronunció sermones en las funciones de Iglesia y discursos doctrinales. Los Scaligeri daban acogida á todos los que tenían talento; entre los Carrarese, Marcelo envió doce jóvenes á las escuelas de París, y Francisco visitó muchas veces en Arqua á Petrarca, que le dedicó el *Gobierno de la República*; los duques de Saboya fundaron la universidad de Turin; muchos Estensi cultivaron las letras, particularmente Leonel, cuyas cartas son las mejores de aquel tiempo; entre los Visconti, Oton fundó cátedras en Milan, Luchino escribió en verso y fué admirado por Petrarca, Juan instituyó una cátedra para explicar á Dante; hasta el oscuro Felipe Mario halagó á los literatos; más hizo su yerno Esforcia que protegió al arquitecto florentino Francisco Filarete, á Bonino Mombriozio, Lodrisio Crivelli, Franchino Gaffurio, que fué el primero que abrió una escuela de música, y á Constantino Lascaris, el cual imprimió en Milan la primera gramática griega. Alfonso de Aragón hacía que le leyesen continuamente cualquier autor clásico, mezclando eruditas preguntas, y ni aun en la guerra dejaba los *Comentarios* de César, ni á Quinto Curcio; un día mandó que callase la música para oír á Tito Livio; premió con novecientos escudos de oro á Giannozzo Manetti, que fué á su corte de embajador de Florencia; iba á pié á oír á los profesores de la universidad, y honró y protegió á Antonio Panormita, Juan Solerio, Luis Cardona, Fernando de Valencia, al cardenal Bessarion, á Teodoro Gaza, Filelfo, Nicolas de Sulmona, Juan Aurispa, Juan Pontano y á otros muchos; cuando murió Julian de Mayano mandó que acompañasen el cortejo fúnebre cincuenta vasallos suyos vestidos de luto. Es inútil volver á hablar

(1) *Petrarca*, Op. vol. III, 1252.

de los Médicis, y ya hemos dicho bastante de Nicolas V y de Eugenio IV.

Se aumentaban á porfía las pensiones de los literatos, se les concedía honores, se les confiaban embajadas; su paso por las ciudades era un triunfo, asistían los príncipes á sus exequias; Carlos IV concedió á Bártole que añadiese á su escudo las armas de Bohemia; este jurisconsulto defendió que un doctor, después de haber enseñado diez años de derecho civil, es caballero *ipso facto*. Ya hemos referido los triunfos de Petrarca, y que aconsejaba á los príncipes y á los papas. Juan Galeazo Visconti decía que le causaba más miedo una carta de Coluccio Salutati, que mil caballos florentinos.

Todos tomaban parte en aquellas glorias y en aquellas disputas; el descubrimiento de un códice era un acontecimiento ruidoso, y á la verdad, ¿cuán grande debía ser el placer de leer los clásicos antes que en las escuelas inspirasen fastidio aun á los niños? Dante era explicado en las cátedras y hasta en las iglesias; la mayor parte de las cartas versan sobre la indagación de manuscritos; el duque de Gloucester da las gracias más expresivas á Decembrio por haberle enviado una traducción de la *República* de Platon; las Misceláneas de Policiano fueron esperadas como un Mesías, y devoradas apenas aparecieron. Si la envidia y las facciones rechazan á un literato, en cambio está seguro de encontrar honores y pensiones donde quiera que vaya, con el sólo patrimonio de su propio mérito; cuando murió el jurisconsulto Juan de Legnano, se cerraron las tiendas; cuando el Único Accolti recitaba versos, toda la ciudad dejaba sus ocupaciones, se ponía iluminación, y los doctos y los prelados interrumpían su declamación con los aplausos. Hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo se deberá hacer por la fe de la erudición.

En suma, la literatura no era pasatiempo, sino vida; no instrumento, sino fin; la afición á la antigüedad borraba toda diferencia de sentimiento, de religión, de edad; el entusiasmo había invadido hasta la crítica; ¡feliz el que enmendaba un pasaje equivocado ó adivinaba un error en su texto ó en su competidor! Ha-



bia contiendas sobre la interpretación de un pasaje: Traversari y Marsupini disputaron por un verso de Homero (1) tanto como los teólogos acerca del sentido de la Escritura, y las cuestiones de arrebatados pedantes interesaron y dividieron ciudades y provincias enteras.

La universidad de Bolonia conservó su importancia, é Inocencio VI añadió una cátedra de teología; los trevisanos abrieron una con nueve doctores famosos, entre los cuales estaba Pedro de Abano; los pisanos eximieron de impuestos los libros de ciencias y de derecho canónico; la universidad de Placencia, fundada por Inocencio IV, decayó de su primer estado, pero fué restablecida después por Juan Galeazo. En Milan había lecciones públicas de jurisprudencia, veinticinco maestros de gramática y de lógica, cuarenta copistas, más de sesenta maestros elementales, más de ciento ochenta profesores de medicina, filósofos y químicos, muchos de los cuales estaban pensionados para asistir á los pobres. La universidad de Pavia, fundada y engrandecida por los Visconti (según dice Azario, pág. 406), no perjudicó á las escuelas de Milan, aunque en aquella ciudad había abundancia de casas, vino, trigo y leña barata, porque los estatutos de éstas concedían á los naturales del país y á los forasteros el derecho de estudiar leyes, decretales, física, cirugía, notariado y artes liberales (2). Deseosos los florentinos de restablecer su escuela, fundada en 1348, invitaron á Petrarca para que explicase en ella el libro que mejor le pareciese. La de Siena, que fué abierta en 1320 y cerrada después, se reorganizó bajo los auspicios de Carlos IV, que estableció también otra en Lucca. Los papas fundaron la de Fermo, en 1303; Clemente IV la de Perusa, en 1307; Bonifacio VIII fundó en Roma otra, en que posteriormente quedaron sólo cátedras elementales; pero su destierro á Avi-

ñon hizo que desapareciesen; Juan XXII instituyó otra en Córcega, en 1331; Benedicto XII otra en Verona, en 1339. El concilio ecuménico de Viena mandó que en las universidades de Roma, París, Oxford, Bolonia y Salamanca, hubiese dos profesores de lengua hebrea, árabe y caldea.

Hasta aquí he hablado casi sólo de Italia, porque verdaderamente podía decirse que estaba en ella el trono de la literatura clásica; sin embargo, también fué protegida en otras partes. La Alemania, que en el siglo anterior había descendido hasta lo más despreciable del saber (1), recobró el amor á la literatura clásica: Carlos IV fundó la universidad de Praga, sirviendo de tipo la de París, con biblioteca para uso de los maestros y de los estudiantes, y con arreglo á ésta se arreglaron las de Viena, Heidelberg, Colonia, Erfurt, después las de Würzburgo, Leipzig, Ingolstadt, Rostok; Tübingen imitó á Bolonia y fué emitida por Wittemberg y Helmstadt (2).

Eneas Silvio da una idea pobre de aquellas escuelas y de aquella civilización. «Hay en Viena», dice, una escuela de artes liberales, de teología y de derecho pontifical, pero moderna, y concurren á ella muchos estudiantes de Hungría y de Alemania. He sabido que al abrirse la universidad han enseñado en ella dos teólogos célebres, Enrique de Asia, autor de obras notables, y el suevo Nicolas de Dinclspuhel, insignificante por sus costumbres y saber, cuyos sermones se leen con gusto por las personas instruidas. Ahora está allí Tomas Hasselbach, teó-

(1) Leibniz dice que el siglo X puede llamarse de oro, comparado con el XIII: Heeren llama á éste uno de los más infecundos para el estudio de la literatura antigua; Meiners no acaba nunca de deplorarle; Eichhorn al principio del capítulo en que trata de él, dice *Die Wissenschaften verfallen in Barbarey*.

(2) La universidad de Viena fué principiada en 1365, y concluida en 1384; la de Heidelberg en 1386; en 1389 la de Colonia; en 1392 la de Erfurt; la de Leipzig en 1409; en 1410 la de Würzburg, destruida en breve y reconstruida en 1589; la de Rostock en 1419, de Lovaina en 1425; de Dole el año siguiente; Tréveris en 1454; Grelswalde en 1456; Basilea y Friburgo de Brisgovia el 1460; Ingolstadt 1472; Tübingen y Maguncia en 1477.

(1) Sobre aquel verso que dice:

βουλομαι ἐγὼ τὸν λαὸν ἔμμεναι, ἢ ἀπολέσθαι.

significa «quiero que el pueblo sea libre ó perezca.» ó «quiero que el pueblo sea libre ó perecer.» Euidelfo vió que uno y otro se equivocan.

(2) *Giulini*, Contin. II, 594.



»logo que no carece de fama, y que dicen escribe
 »libros útiles de historia, y yo elogiaria sus cono-
 »cimientos si no hubiese invertido veintidos años
 »en explicar el primer capítulo de Isaías, sin
 »llegar al fin. Lo peor, sin embargo, de esta es-
 »cuela es que se dedica demasiado tiempo á la
 »dialéctica, cosa que tan poco fruto produce. Se
 »examinan principalmente los que aspiran á
 »maestros de artes, despreciando la música, la
 »retórica y la aritmética, y en su ignorancia pre-
 »sentan cualquier verso ó carta escrita por otro.
 »Todos sus trabajos consisten en argumentar y
 »en promover vanas discusiones; muy pocos co-
 »nocen á fondo los libros de Aristóteles ni de
 »otros filósofos, contentándose con los comen-
 »tadores. Además de esto, los estudiantes pre-
 »fieren los placeres, el vino y la vida alegre, y
 »los pocos que hay más instruidos carecen de
 »ánimo, todo por efecto de la falta de vigilan-
 »cia. Recorren las calles de día y de noche mo-
 »lestando á los ciudadanos y detrás de las mu-
 »jeres... No puede decirse cuántos víveres en-
 »tran en la ciudad; todos los días se introducen
 »grandes cargas de pan, pescado y caza, sin
 »que por la noche quede ya nada. En las ven-
 »dimias, en que hay vacaciones por cuarenta
 »días, recibe Viena una inmensa provision de
 »vino... Nada pierde de su buena opinion el que
 »lo vende en su casa, y casi todos los ciudada-
 »nos ponen taberna, donde encienden una es-
 »tufa y preparan comidas, invitando á los be-
 »bedores y á las mujeres, regalándoles para
 »que beban más algunas viandas, de cuyo cos-
 »te se reintegran con la medida. Aquel pueblo
 »sensual devora en un día el producto entero de
 »una semana. Por consiguiente, hay disputas
 »todos los días; ya son los artesanos que riñen
 »con los estudiantes, ya ciudadanos que arman
 »contiendas con los nobles, ya operarios que
 »combaten entre sí... no hay fiesta sin sangre,
 »ni hay tampoco magistrados ni guardias que
 »separen á los combatientes... El vulgo es an-
 »drajoso y sucio, los vicios abundan por todas
 »partes, y hay pocas mujeres sostenidas sola-
 »mente por sus maridos. Los nobles seducen á
 »las de los ciudadanos, las cuales dejan la casa
 »paterna de acuerdo con ellos. Las jóvenes eli-
 »gen esposo sin consultar á sus padres; las viu-

»das se casan durante el tiempo del luto... Lo
 »demás conviene callarlo (1).»

Gerardo Groote, alumno de la universidad de Paris, fundó una orden (1376), cuyos individuos estaban obligados á ayudar á la sociedad con los talentos que Dios les habia dado, trabajando para sí y para los pobres. El que no era apto para los trabajos mecánicos se dedicaba á las ciencias y á la enseñanza, estándoles, sin embargo, prohibida la vanagloria de explicar á un auditorio numeroso y recibir salarios, que envilecen á la desinteresada nobleza de la enseñanza. En breve se extendió por Alemania aquella orden que unia la piedad al estudio, que eran dos pasiones en aquel tiempo, y en los monasterios llamados de San Jerónimo, de San Gregorio, de los Buenos Hermanos ó de la Vida comun, enseñaban varios oficios y la caligrafía; fuera de ellos tenian escuelas de lectura, escritura y mecánica para los niños pobres; á los otros les enseñaban latin, griego, matemáticas, bellas artes, y posteriormente tambien el hebreo; en 1433 contaban cincuenta y cinco casas, el triple en 1460, y en 1474 pusieron una imprenta en Brusélas. Tomas de Kempis llevó este método á Santa Ines, cerca de Zwooll, donde se formaron los apóstoles de la literatura clásica de Alemania⁽²⁾; recomendaba á éstos que fuesen á Italia, y en efecto, allí aprendieron el griego los que más sobresalieron. Juan de Dalberg (*Camerarios Dalbergius*), obispo de Worms, formó una biblioteca con lo más escogido de la de Heidelberg, que era reputada por la más rica del mundo ántes de la guerra de los Treinta años, é instituyó en aquella ciudad la sociedad Renana, que unia los

(1) *Enece Silvii*, Epist. CLXV.

(2) Cinco eran de Westfalia: Mauricio, conde de Spiegelber, y Rodulfo de Langio, que llegaron á ser preladados; Antonio Liber, Luis Bringenberg, Alejandro Hegius y el frison Rodulfo Agricola. Hegius tuvo de discípulos á Erasmo de Rotterdam Herminio, von dem Busche, amigo de Lorenzo de Médicis, al papa Adriano VI y á Cristóbal Longolio, el que mejor comprendió á Ciceron en su tiempo. Liber reformó los estudios en Kempen, en Alcmér y en Amsterdam; Langio fundó otra escuela en Munster; Dringenberg en Selestadt (Alsacia), adonde fueron Conrado Celtes (*Meisset*), Wimpeling, Beato Renano y Bilibal Pirkheimer. V. *Schöll*.



placeres á los estudios. Pertenecieron á ella Conrado Celtes, escritor correcto y fervoroso difundidor del buen gusto; Rodulfo Agricola, que escribió mejor que los demas alemanes (1). Reuclin, que acompañando á Roma al duque de Wurtemberg, se relacionó con los literatos italianos. Unamos á éstos á Wessel de Groninga, que aplicó las artes á los libros sagrados; Langio, que revisó todos los clásicos que entónces se imprimieron en Alemania y alejó de las escuelas los libros anticuados. Gracias á éstos, obtuvo Alemania el primer lugar, despues de Italia, en el renacimiento de la literatura.

Francia contribuyó muy poco por su parte. Mateo Nicolas de Clemengis fué el primero que explicó la retórica de Aristóteles y Ciceron á un numeroso auditorio, pero no tuvo séquito; ni la Sorbona ni la universidad de Paris tuvieron fa-

(1) Ermolao Bárbaro le hizo este epitafio:

*In vita clausurunt hac marmore fata Rodulphum,
 Agricolam, frisii spemque decusque soli.
 Scilicet hoc uno meruit Germania quidquid
 Laudis habet Latium, Græcia quidquid habet.*

ma, excepto en los estudios políticos y doctrinales. Algunos griegos é italianos enseñaron en ellas humanidades; pero los maestros de griego y de retórica estaban excluidos del cargo de director, como hoy sucede con los de literatura moderna. Carlos V de Francia principió á formar la biblioteca del Louvre con novecientos volúmenes, que son misales y salterios ricamente encuadernados, algunos libros profanos, muy pocos clásicos, ningun Ciceron ni otros poetas, excepto Ovidio y Lucano. Elio Antonio de Nebrija (*Nebrissensis*), al volver de Bolonia á Andalucía, su patria, publicó algunos libros para facilitar los estudios clásicos, miéntras en Hungría florecian, merced á Matías Corvino. En vano trabajaron algunos para introducirlos en Inglaterra, y la incorreccion del latin de Oxford era proverbial. Ricardo de Bury, canceller de Eduardo III, dió su biblioteca á la universidad de Oxford, con orden expresa de que estuviere á disposicion de los estudiantes; pero su catálogo (*Philobiblon*) demuestra su buena voluntad y su ignorancia.